



EL PAPEL APOSTÓLICO DE LOS LAICOS, EXALUMNOS DE LAS INSTITUCIONES JESUITAS, EN LA IGLESIA DEL SIGLO XXI

GUADALAJARA - MEXICO
21 AL 19 DE NOVIEMBRE DE 2008

Agradezco mucho a los organizadores de este Congreso, la oportunidad que me dan de compartir el júbilo de un encuentro con la gran familia que forman las Asociaciones de Antiguos Alumnos de colegios y universidades de la Compañía de Jesús. Para todos los que estamos aquí es la oportunidad de disfrutar felices encuentros, con frecuencia sorprendidos con compañeros y amigos de épocas pasadas, para revivir recuerdos, anécdotas y sucesos, renovar amistades y entablar otras nuevas, en cierto modo, volver a vivir una juventud que se nos va alejando cada día.

Todo eso no es sino el marco ocasional de algo más serio que nos convoca en esta fecha. En cierta ocasión, con motivo de la convocatoria a una junta de políticos europeos, uno de los convocados hizo esta observación: “Nos reunimos aquí, no para estar juntos, sino para hacer algo juntos”. Para nosotros en esta ocasión las dos cosas tienen su razón de ser. No seríamos capaces de hacer algo juntos si no supiéramos valorar lo que significa para nosotros el estar juntos, si no estuviéramos animados del mismo espíritu, si no lleváramos con orgullo y entusiasmo la misma camiseta.

¿

Pero la identidad del antiguo alumno, como nos decía P. Arrupe en el Congreso de Lieja, no se valora por el simple hecho de haber pasado por las aulas de la Compañía, sino por la asimilación del espíritu que la Compañía quiere comunicarles a sus alumnos al ayudarles en su formación humana, espiritual y social. El antiguo alumno debe ser un hombre de fe profunda, vida ejemplar, espíritu de servicio a los demás que le impulse a ejercitar su propio apostolado.

De entrada pido disculpa si no me atengo del todo al título finalmente señalado a esta conferencia: **“El papel apostólico de los laicos, exalumnos de las instituciones jesuitas, en la Iglesia del siglo XXI”**. Originalmente, de palabra, no habían precisado tanto, por lo que preparé un texto más orientado a la **colaboración de los exalumnos en el apostolado jesuita**. Si alguno se interesa por la participación del laicado en la Iglesia en general, encontrarán la respuesta en mi libro “Los laicos cristianos, Iglesia en el mundo”.

El hombre formado en el espíritu ignaciano ¿Cómo reacciona ante el reto de la sociedad que nos ha tocado vivir, la llamada sociedad post-moderna, presenta al cristianismo?

El Reto de la Sociedad Post-Moderna

La sociedad post-moderna es la sociedad que Gilles Lipovestky llama “la sociedad del vacío”. Una sociedad en la que las nuevas generaciones ya no son formadas por la familia, la escuela y la Iglesia, que tradicionalmente fueron las instancias educadoras serias y responsables. Hoy día quienes forman a las nuevas generaciones van siendo, cada día más, fuerzas anónimas desde la calle, la televisión, el mensaje de las canciones con la filosofía del cantante en boga, el navegar por el mundo digital y el ambiente frívolo que nos rodea.

No nos puede extrañar que el producto de esa educación sea el tipo de hombre que un psicólogo contemporáneo denomina **el hombre Light**. Y que el mismo autor describe como el hombre de pensamiento débil, sin convicciones firmes, incapaz de compromisos, insensible ante las grandes

causas. Es el hombre inmaduro que vive para sí, desvinculado de todo, encerrado en su egoísmo, que camina sin brújula, para el que todo es relativo, nada tiene otro valor que el de satisfacer sus instintos. Un hombre hedonista, pragmático y permisivo que ignora el valor del sufrimiento como fragua de la madurez personal, como medio de aprendizaje y de comprensión del prójimo. El resultado es un tipo de hombre **incapaz de asumir un compromiso serio, de llevar una vida conyugal estable y de establecer vínculos de solidaridad y de ayuda a sus semejantes.** (E Rojas, "El hombre light")

En forma muy diversa pero no menos dramática, el problema se presenta en los medios social y económicamente más desfavorecidos, como son las colonias populares de las grandes ciudades.

Dios ha querido que el ser humano no nazca como las flores, sino que el niño al llegar a este mundo sea recibido en los brazos amorosos de una familia que lo espera con ilusión y cariño, que desde el primer momento cuente con un hogar que con orgullo pueda sentir que es propio suyo, que crezca y se desarrolle seguro de sí mismo porque cuenta con el apoyo, la tutela, la ternura, el ejemplo y el cariño de sus padres. Una experiencia de dos años de visitas regulares al centro de rehabilitación de menores en una de las grandes ciudades de la república, nos ha hecho ver el drama de niños y adolescentes que nunca han conocido un hogar bien constituido, o muy pronto lo han visto ensombrecido por la tragedia de la violencia familiar y finalmente una ruptura que los ha llevado a vivir en las más extrañas y dolorosas situaciones. Adolescentes que no han conocido otro ambiente que una colonia de maleantes. Pero a los que una sociedad que no ha hecho nada por ellos, que no les ha dado oportunidades para aprender a comportarse como gente honrada, apenas comienzan a vivir, los hace sentirse culpables y experimentar la vergüenza y el castigo de los delincuentes.

No siempre es cierto que el menor que comete un delito sea necesariamente un delincuente. Pero puede volverse delincuente, ya sea dentro de un régimen carcelario inapropiado o al regresar a integrarse a un medio depravado y adverso.

En el museo Dolores Olmedo de la ciudad de México se exhibe un cuadro de Diego Rivera de extraordinaria fuerza psicológica: en él aparece sentada en el suelo una mujer indígena, gruesa, arropada en su rebozo; los años de una juventud ya pasada han dejado en su rostro huellas de una vida sufrida. Junto a ella se acogen sus hijas, dos muchachitas de mirada triste e ingenua, sólo una de ellas inicia una tímida sonrisa. El cuadro lleva por título "familia mexicana". Cruel ironía ¿cómo puede llamarse familia si en ese cuadro no aparece el padre? No podemos negar que es una realidad trágica para gran parte de nuestros compatriotas. Pero, en definitiva, el título es excesivo, y por lo tanto inaceptable, porque la gran mayoría de quienes pertenecemos a familias mexicanas no podríamos reconocernos en ese cuadro.

Apenas he mencionado dos aspectos de la situación actual, que lamentablemente es todavía mucho más complicada. El Santo Padre Benedicto XVI se lo recordaba no hace mucho a los padres de la Compañía de Jesús en la cálida y paternal alocución que dirigió a los participantes en la última Congregación General el día 21 de febrero último. **Se trata de situaciones que constituyen un reto importante para la iglesia católica, y para su capacidad de anunciar a nuestros contemporáneos la palabra de esperanza y de salvación. Espero, pues, ardientemente que toda la Compañía de Jesús, gracias a los resultados de vuestra congregación, pueda vivir con impulso y fervor renovados la misión para la que el espíritu la suscitó en la iglesia y la ha conservado durante más de cuatro siglos y medio con extraordinaria fecundidad de frutos apostólicos**".

Pero el Santo Padre nos anima y nos compromete a afrontar con valentía esa situación por la confianza que nos tiene y por lo mucho que espera de nosotros:

“Hoy deseo animaros... para que prosigáis en el camino de esa misión, con plena fidelidad a vuestro carisma originario, en el contexto eclesial y social propio de este inicio de milenio. Como en tantas ocasiones os han dicho mis antecesores, la iglesia os necesita, cuenta con vosotros y en vosotros sigue confiando, particularmente para alcanzar aquellos lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o encuentran difícil hacerlo. Han quedado grabadas en nuestro corazón aquellas palabras de Paulo VI: Donde quiera que en la iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las necesidades urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas”.

No podemos defraudar esta confianza que el Santo Padre Benedicto XVI pone en nosotros, pero ya no podemos nosotros solos. El campo apostólico se ensancha y nuestras fuerzas se reducen. La Compañía necesita colaboradores laicos que la ayuden a llevar a cabo un apostolado eficaz, ya sea para preservar los valores fundamentales necesarios para que una sociedad viva, como de una ayuda fraterna dirigida a rescatar a muchas generaciones de la miseria.

¿Cómo responder a ese reto?

Ante esa realidad ¿qué puede hacer la Compañía de Jesús? Y ¿qué pueden hacer nuestros antiguos alumnos?

Como ustedes saben muy bien, en los años que siguieron a la segunda guerra mundial el auge de vocaciones a la Compañía de Jesús llegó casi a duplicar sus filas respecto a las que había tenido a comienzos del siglo pasado, días de entusiasmo, de optimismo, se abrieron nuevas obras, se fortalecieron las ya existentes, la presencia jesuita cubría más de 120 países y las obras eran llevadas casi exclusivamente por jesuitas. Las cosas han cambiado. La sociedad de consumo, secularista y materializada apenas ofrece nuevos refuerzos a la vida religiosa. Se cierran obras, nos vemos obligados muchas veces a renunciar dolorosamente a apostolados importantes, y a rechazar ofrecimientos de obras nuevas y apremiantemente necesarias. Se invirtió la pirámide, si antes en un colegio había 20 jesuitas y tres laicos, hoy encontramos en él a veinte laicos y tres jesuitas.

¿Quién conoce los caminos de Dios? Sin duda que nos ayudará en el momento oportuno, *sus caminos no son nuestros caminos* (Is 55, 8). No perdemos la esperanza. De una Compañía de Jesús en una época muy **europea**, se pasó en siglos pasados a una Compañía de Jesús predominantemente **occidental** que comprendía al mundo atlántico. Actualmente el auge de vocaciones en los países asiáticos, que al parecer es donde hoy por hoy se vislumbra el futuro del mundo, está haciendo una Compañía de Jesús mucho más **universal**.

Si queremos que la obra apostólica de la Compañía de Jesús no se detenga por la escasez de vocaciones, necesitamos otro tipo de refuerzos. Si antes el peso cargaba exclusivamente sobre los jesuitas, **hoy abre sus filas a los laicos y entre los laicos a aquellos que han sido formados en su mismo espíritu, sus exalumnos** a los que se les invita a ser **líderes en servicio**.

La ayuda que los laicos pueden prestar al apostolado jesuita no se limita a una simple suplencia en un momento de crisis. El Concilio Vaticano II ha dejado bien claro el papel del laico en la Iglesia y

en su misión. Ese papel no se reduce a ser un colaborador, el laico tiene su lugar en una Iglesia que es comunión, es decir una comunidad de creyentes en Cristo, en la que todos son iguales en dignidad, aunque con distintas funciones. El fundamento último de esa igualdad y lo que legitima el apostolado de los laicos es el compromiso bautismal que implica una seria y meditada opción por Jesucristo.

El laico en virtud de su bautismo tiene su puesto asegurado en la misión evangelizadora de la Iglesia. Y, si lo desea, puede optar por insertarse en la misión y en la espiritualidad de la vida consagrada, que en nuestro caso podría ser la Compañía de Jesús. Es lo que dice el papa Juan Pablo II, en su exhortación sobre la vida consagrada:

“ Uno de los frutos de la doctrina de la Iglesia como comunión, en estos últimos años ha sido la toma de conciencia de que sus diversos miembros pueden y deben aunar esfuerzos, en actitud de colaboración e intercambio de dones con el fin de participar más eficazmente en la misión eclesial. De este modo se contribuye a presentar una imagen más articulada y completa de la Iglesia, a la vez que resulta más fácil dar respuesta a los grandes retos de nuestro tiempo con la aportación coral de los distintos dones... **Debido a las nuevas situaciones, no pocos institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido por los laicos.** Estos son invitados a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del Instituto mismo”. (VC 54)

Una de las finalidades básicas que la Confederación Latinoamericana de exalumnos se propone es “propiciar el **apostolado laical** y contribuir a la paz y a la **eliminación de la miseria** en América Latina”.

El modo y la forma serán ustedes los que lo determinen de acuerdo con las autoridades de la Orden. A mí sólo me toca motivarlos. De hecho ya se está dando una valiosa colaboración en la obra de servicio jesuita a los refugiados, en el voluntariado, en la educación, en las comunidades de vida cristiana, en la rai (red apostólica ignaciana) y en otras obras apostólicas.

Perfil del apóstol laico

Se requiere gente creadora de unidad en el pueblo de Dios. Capaz de irradiar alegría, responsabilidad y dinamismo a las obras apostólicas y de una gran generosidad... El gran convertido francés, Charles Peguy, decía: “Sólo hay una definición exacta del cristiano: el que da la mano”.

El P. Kolvenbach, siendo general de la Compañía de Jesús, decía a los asistentes al Congreso de Antiguos Alumnos mexicanos el año 1990: “Necesitamos exalumnos que sean líderes comprometidos con la sociedad y el mundo en el que viven, deseosos de borrar el hambre y el conflicto sobre la tierra, sensible a una distribución más equitativa de la bondad de Dios en las riquezas materiales, personas que busquen poner fin a la discriminación sexual y social y ansiosos de compartir su fe y su amor cristianos. En una palabra queremos líderes en servicio”. (P. 571)

Exhortación final

Permítanme terminar con la conocida historieta del sabio y el rey. Erase un hombre sabio que poseía una vasta cultura, un asombroso conocimiento de las ciencias y dominaba muchos idiomas.

El rey un día quiso humillar al sabio, lo convocó a su palacio. Tomó en sus manos un pajarito y sujetándolo en su espalda le dijo a su invitado. Veamos si realmente eres tan sabio: el pajarito que tengo a mi espalda ¿está vivo o está muerto? El sabio adivinó la trampa. Porque si decía que estaba vivo, al rey le bastaba apretarle el pescuezo al pájaro y presentárselo muerto. Y si decía que estaba muerto, se lo presentaría vivo. Por lo cual se quedó pensativo, guardó silencio, y tras una breve pausa le respondió al monarca. “Majestad, la respuesta está en vuestras manos”.

Señores, les hemos expuesto una situación, un reto, una invitación, no nos queda sino decir como el sabio: **la respuesta está en vuestras manos.**